

Señala Fernando Ortiz que es Inadmisibile que las Comparsas Sean Contrarias a la Cultura

“SI SE QUIERE BORRAR EL PASADO HABRIA QUE TERMINAR EL CARNAVAL”

Trascendental Informe elevado al Alcalde por el doctor Fernando Ortiz.

La debatida cuestión de las comparsas autorizadas por el Alcalde de La Habana por medio de su Bando sobre los Carnavales, ha sido enfocada por la Sociedad de Estudios Afro-cubanos, que preside el doctor Fernando Ortiz, en un luminoso informe que se ha elevado al doctor Beruff Mendieta y de cuyo texto, por su enorme trascendencia pública, extractamos los siguientes párrafos:

—Es inadmisibile que las tradicionales comparsas de la Habana sean contrarias a la cultura popular. Precisamente esas diversiones colectivas, integran la cultura más emocionalmente entrañable del pueblo. Y son precisamente los pueblos más cultos y los elementos más cultivados, (los verdaderamente tales y no simuladores de cultura) que en Cuba calificamos de “picios”, según vocablo popular) los que hoy en día más se esfuerzan por sostener esas pintorescas tradiciones locales, gratas al corazón de los pueblos. Cuando más culto es un pueblo con más amor conserva sus tradiciones estéticas, musicales, corales, danzarias, poéticas, pictóricas, indumentarias, a la vez que se opone enérgicamente a aquellas tradiciones caducas que envuelven privilegios o injusticias y acarrearán miseria, embrutecimiento, desórdenes, inseguridades y congojas. Las comparsas habaneras — asegura el doctor Fernando Ortiz — no son, en resumen, sino una manera de celebrar el carnaval, que tienen las masas populares de esta ciudad, formadas por una mezcla de razas y tradiciones de los más apartados países.

—Las comparsas de la Habana no son sino la manera como la abigarrada masa popular de nuestra urbe quiere celebrar el Carnaval según las costumbres heredadas y fusionadas de los diversos abolengos. La comparsa habanera consiste, simplemente, en una compañía de enmascarados con un plan común para representar conjuntamente un tema colectivo como un episodio folklórico, un acto

de teatro ambulante o un paso de procesión.

—El carácter de grupos organizados para divertirse ya se indica por los títulos que adoptan. En estos los componentes de las comparsas suelen representarse como hijos de una nación de rostros atezados, para que la imaginada representación de las máscaras sea más verosímil. Así las comparsas se titulan a veces “Los Moros de Venecia”, “Los Congos de Chávez”, “Los Turcos de Regla”, los “Mandinga Moro Azul”, etc. En ciertos casos usan títulos con nombres emblemáticos de animales o árboles como El Alacrán, La Culebra, El Pájaro Lindo, El Gavilán, El Jiquí, etc que parecen tener origen en alguna ultrapasada creencia totémica. Pero estas resonancias del pasado ocurren con todo el Carnaval y con la misma Cuaresma, instituciones ambas transidas de paganismo y embebidas de ancestralidad.

—Si como suele decirse, se quiere “borrar el pasado” habría que suprimir también todo el Carnaval, toda la Cuaresma, todas las ritualidades religiosas, patrióticas, militares y cívicas, las cuales no tienen más fuerza razón de existir que la que les prestan la tradición y la conveniencia de encauzar la semociones colectivas hacia expresiones disciplinadas, capaces de armonizar el genio espontáneo y creador del pueblo con sus anhelos de progreso. Como espectáculo, la comparsa es tan artística y tradicional como las corridas de toros, por ejemplo, y más que las peleas de gallos, las de perros y las de hombres, traídas de España y de Inglaterra; y, además, carece nuestra comparsa de la innegable crueldad de dichas diversiones, que todavía se mantienen en los pueblos civilizados, a pesar de sus elementos intrínsecos de barbarie.

SIN LAS COMUARSAS EL CARNAVAL ES UNA RUINA

Y el brillante informe del doctor Fernando Ortiz señala entonces al Alcalde de La Habana:

—Las comparsas no son, ciertamente, unos alardes de cultura superior, y tal como hoy se manifiestan, privadas de recursos, perseguidas, y sin estímulo, no pueden ser tomadas como modelos definitivos. Pero tampoco es un modelo de civilización el carnaval corriente, sin los entusiasmos y estímulos de antaño, reducido actualmente a unos llamados “paseos”, que suelen ser una vulgarota exhibición, sin gracia ni gusto, y a unos bailes, estéticamente insulsos, si notro atractivo que el de un

baile cualquiera, aumentado con las posibilidades de licencia individual que ofrecen las caretas. Todo ello necesita el auxilio de quienes deben facilitar los divertimientos populares; así como los paseos de carnaval, hoy día harto ruinas, sin valor artístico ni espíritu tradicional, como las comparsas, las cuales, por ser la forma más típica de la carnavalada habanera, se mantienen aún latentes, pese a los desdenes y coacciones inconsultas, y pueden convertirse si son favorecidas, en diversiones folklóricas de acendrado valor.

—Como espectáculo las comparsas habaneras contienen elementos estimables. Estéticamente, el arte se da en su conjunto: en sus contejos para la procesión, en sus trajes de colorines, imitando vestidos nacionales, fantásticos o alegóricos, en sus carrozas emblemáticas, en sus farolas brillantes y en sus músicas y canciones; todo ello compuesto por artistas anónimos y espontáneos.

—En las antiguas comparsas populares de la Habana hubo hasta manifestaciones de un arte poético folklórico, que hoy se han olvidado y acaso totalmente perdido. Por los datos que conservamos, es presumible que habría de bastar un breve estímulo oficial para que reaparecieran las tiradas de versos de la “currería” y otras viejas efusiones líricas de las comparsas, fácilmente adaptables al sentido de estos tiempos. Según los recursos económicos así son el número y calidad de las carrozas, así se confeccionan los trajes, así se forman las orquestas, y así son de abundantes las músicas y canciones brotadas de la musa popular. Esta sola consideración sugiere cuán fecunda podrían ser las hoy pobres comparsas populares si la innegable espontaneidad artística de nuestro pueblo humilde, particularmente en la música y la canción, fuese protegida, dando premio a las comparsas por los mejores grupos, las más artísticas carrozas y farolas, los más acortados atavíos, los más originales bailes, las más emocionales canciones y las más cubanas músicas.

DISCREPANCIAS DE LAS MULTITUDES

Y señala el doctor Ortiz: —Claro está que hay y habrá personas a quienes las comparsas no gustan. Sobre materia tan movediza como el gusto, nada puede imponerse. Hay quien

desprecia los ritmos maravillosos del bongó y hay quien bostea al oír una romanza. Hay quien oír a Behoven y hay quien se extasia con un son. Y hay quien gusta de ambos según el sentir de las horas y los días; pero a la masa del pueblo habanero le agradan las comparsas y no solamente al elemento de sencilla cultura, y esto sería bastante para protegerlas, a menos que hubiera motivos de seria inconveniencia, que no los hay.

—Y sólo por un prurito de mera hipersensibilidad y exquisitez de gusto, cuando no de embozada politiquería, hubiera que suprimir las comparsas, por igual razón tendríanse que reprimir esas inocentes expansiones de los forasteros, habría que demoler numerosos edificios de arquitectura infame, prohibir casi toda la oratoria al uso, cerrar algunos teatros y cines, clausurar más de una docena de periódicos y, en fin, quitar los disimulados disfraces con que suelen ufanarse no pocas gentes en la vida cotidiana. Y el propósito sería irrealizable porque no se puede interrumpir totalmente la falsa tragicomedia humana.

—Se cree que la comparsa es costumbre privativa de la gente de color y ya por sólo esto se abomina de ella y parece signo de buen tono y superioridad pedir que se supriman, con energías y ostentaciones que no se advierten contra otras prácticas y hábitos realmente reprobables. Este sentimiento íntimo de etnofobia a veces llega a ser inconsciente y suele ser inconfeso, al menos público; pero no puede ser negado en cuestiones como la presente, planteada por esa Alcaldía. Un análisis sereno y objetivo permite comprender que si se evita el prejuicio racista y se supera el prejuicio de inferioridad, que es una ampliación de aquél, no queda contra las comparsas habaneras ninguna razón de fondo y solo alguna apreciación de gusto personal, muy respetable y algo compartida, pero no en mayor grado que el gusto del pueblo mismo, al que nada fundamental aconseja cercenarle sus peculiares diversiones.

—Con esto todo queda dicho lo indispensable para responder también al juicio que de las comparsas forman los extranjeros que se rían de las comparsas y las crean incultas tal como nosotros nos reímos de ciertas costumbres forasteras y las juzgamos ridículas y hasta bárbaras. Pero ese juicio del turista frívolo y vulgar, sin visión de otros valores sociales que no sean los suyos, no debe interesarnos en lo absoluto. Los cubanos debemos vivir para nosotros mismos, de acuerdo con nuestra propia conciencia, sin sentir ese deprimente "complejo de inferioridad" heredado de la época colonial y esclavista y alimentado aún hoy, así por el apocamiento del infeliz, siempre tachado de inferior, como por la infatuación de cualquier forastero dominante, que se empeña siempre, en Cuba como en todas partes, en deprimir y envilecer a quien explota para justificar aparentemente su postura de dominador.

—Los cubanos sabemos de sobra cuán frecuentemente somos denigrados todos, negros, blancos y mestizos, sin distinción y en conjunto, por ciertos extranjeros, con tanto más saña cuanto mayor es el miedo que sacan de Cuba, ora alegando pretensiones de una mítica superioridad nórdica, o aria, o rubia, o celeste, o infernal, según sean los caprichos o los momentos históricos de su agresividad o ensoberbecimiento. Y no debiéramos olvidarlo prestándonos a hacer el juego a esa tarea de difamación, despreciando lo nuestro solo por ser popular, modesto, imperfecto o traído por grupos distintos a los de la casta favorecida, y desconociendo y hasta aceptando, por pura novelería de inferioridad, modas e imposiciones extranjeras que a nuestro carácter tradicional son a veces repugnantes, risibles y patrióticamente nocivas.

—En resumen, cualquiera que sea la opinión del turista vulgar e inculato que a veces nos visita y la del nórdico infatuado, que nos considera como sus vasallos por fatalidad de un mitológico "destino manifiesto" la opinión del extranjero culto será siempre favorable a la conservación, fomento y mejora progresiva de las viejas tradiciones folklóricas del país, las cuales no encierran ningún elemento de nocividad; y, en cambio, esa misma opinión del extranjero culto habría de considerar con un desdén compasivo la actitud del cubano que, por unos pujos de superioridad externa e imprevista, despreciase y destruyese lo medularmente suyo, para vivir en su propia tierra disfrazado de extranjero. Y ese concepto sí que sería despectivo, como el que se tiene siempre del rico improvisado, del petulante simulador de aristocracia y extranjerías.

*Munido
Dic. 13/37*

